



EL VETERANO DE GUERRA EN CHILE

**POR
EDUARDO ARRIAGADA ALJARO
EDITOR.**

Normalmente, cuando a una persona de nuestra sociedad se le pregunta acerca de lo que es un veterano de guerra, esta se imagina a un anciano muy modesto con uniforme y condecoraciones. Pero la verdad es que el concepto de veterano de guerra es mucho más amplio, pues abarca a toda persona que haya tenido alguna experiencia de guerra. Entonces el abanico de seres humanos se nos amplía notablemente, pues ya no solo se trata de militares profesionales retirados, sino también de todo civil que en algún momento de su vida fue reclutado para participar en algún conflicto en defensa del país. Y no sólo eso, sino que también se incluyen, por ejemplo, civiles netos, como el médico o las enfermeras que formaron parte de los servicios de sanidad que atendieron a los heridos y enfermos en los teatros de batalla; también eclesiásticos, como los sacerdotes que auxiliaron espiritualmente a los soldados durante las campañas; y aquellas mujeres –las cantineras— que siguieron y atendieron a la tropa en los campamentos y durante los combates.

Y, trasladándonos al siglo XIX chileno, centuria llena de campañas militares –al punto que se puede afirmar que no hubo ninguna generación de chilenos a lo largo de esos cien años que no le tocó participar en alguna contienda—, se puede afirmar que la cantidad de veteranos de guerra que hubo en esa época correspondió a un porcentaje significativo de la población nacional.

Si bien hubo muchas guerras durante este siglo, se puede decir que las que más contribuyeron a generar veteranos de guerra fueron la Guerra contra la Confederación Perú-Boliviana (1836 – 1839), la Guerra del Pacífico (1879-1884) y la Guerra Civil de 1891. Durante estas conflagraciones, formaron parte de las tropas tanto militares profesionales



provenientes del Ejército de Línea, como civiles que fueron reclutados con ocasión de esos incidentes, principalmente provenientes de la Guardia Nacional, y de los cuerpos militares que se crearon o que se ampliaron con ocasión de cada campaña.

Cada vez que finalizaba uno de esos conflictos, los militares de línea volvían a sus cuarteles y seguían sirviendo en el Ejército, mientras que los civiles movilizados eran licenciados y retornaban a la sociedad civil. Se puede decir que el momento en que hubo una mayor cantidad de veteranos de Guerra en Chile fue durante la década de 1890, cuando a los veteranos de la Guerra del Pacífico se les agregaron los de la Guerra Civil de 1891.

Es necesario tomar en cuenta que solamente y a lo largo de la Guerra del Pacífico, fueron movilizados en Chile más de 70.000 efectivos. Si el conflicto comenzó con un Ejército de Línea compuesto por cerca de 2.500 plazas, hacia la campaña de Tarapacá el contingente de hombres había subido a 18.000; se alcanzó el máximo número de movilizados durante la campaña de Lima con unos 45.000 soldados y hacia el año 1884 —último de esta larga guerra—había cerca de 7.500 efectivos movilizados. Estas cifras demuestran la gran cantidad de civiles que fueron incorporados a las filas de la institución durante este conflicto, los que constituyeron la abrumadora mayoría del contingente militar.

La desmovilización militar que ocurrió en el contexto de la Guerra del Pacífico comenzó una vez terminada la campaña de Lima. Entonces un fuerte contingente de hombres regresó a suelo chileno, quedando en el Perú una fuerza de ocupación. Desde ese mismo momento comenzaron a manifestarse los problemas con los hombres desmovilizados. De partida, cerca de un diez por ciento de ese contingente arribó a Chile con algún grado de invalidez; estas personas tenían aún menos posibilidades que los individuos sanos a la hora de reinsertarse en la vida civil y laboral. Precisamente, esto último se fue convirtiendo en un agudo problema para el país y la sociedad.



Una parte de ellos había quedado vagando en territorio peruano, especialmente durante la campaña de la Sierra, la cual fue muy larga y costosa para nuestro país, tanto en términos de recursos humanos, como de recursos económicos. Estas personas llevaron una vida muy sufrida y abandonada, por lo cual no faltaron quienes acudieron al Estado chileno para que los trajera de regreso al país.

Por otro lado, muchos veteranos encontraron ocupación en las mismas oficinas salitreras de Tarapacá y Antofagasta. Como la actividad salitrera experimentó un auge una vez que quedó asentada la soberanía chilena en esas provincias, aparecieron muchos puestos de trabajo que ya habían atraído a los soldados chilenos aun en plena guerra, pues hasta el más modesto de los trabajadores de la industria del salitre podía obtener un sueldo mensual muy superior al de un soldado de infantería del Ejército chileno. Esto no pasó inadvertido a los empresarios salitreros, quienes ofrecieron estos mejores sueldos como una forma de captar fuerza de trabajo.

El problema social surgió en Chile cuando esos civiles movilizados eran licenciados del servicio militar. Sus destinos fueron muy variados, pero una buena parte de ellos cayó en la pobreza o en la indigencia, debido a las dificultades que se les presentaron a la hora de reintegrarse a la sociedad civil. Mientras algunos volvieron a sus antiguas ocupaciones y otros se quedaron en el norte trabajando en las oficinas salitreras, muchos de los que regresaron al centro y sur del país se vieron en graves dificultades. Hay que considerar la gran cantidad de hombres que quedaron total o parcialmente inválidos, por lo cual quedaron imposibilitados de ejercer algún oficio o profesión. También hay que contar a los que retornaron con traumas psicológicos producto de la experiencia del campo de batalla. Y a todos los que, por una u otra razón, no pudieron valerse por sí mismos una vez de vuelta a sus respectivos territorios.

Gracias a la victoria en la Guerra del Pacífico, Chile adquirió los ricos territorios salitreros de Antofagasta y Tarapacá. La renta de la producción y de la exportación de salitre

Publicación electrónica disponible en
<http://www.academiahistoriamilitar.cl/academia/panoramas/>
marzo 2019



entregó al Estado chileno un flujo de recursos económicos nunca visto en su historia, el cual permitió la ejecución de numerosos proyectos de adelanto nacional. Aquí destacó claramente la edificación de muchísimas obras públicas, tales como puentes y caminos, la extensión de la red nacional de ferrocarriles, la construcción de numerosos edificios públicos –tales como oficinas, hospitales, colegios fiscales, etc.—. Paradojalmente, el Estado prestó poca atención a aquellos que con su esfuerzo, e incluso su sangre, habían incorporado esos ricos territorios a la soberanía nacional.

Muchos de estos civiles esperaron algún tipo de reconocimiento, recompensa o gratificación por haber sido reclutados para ir a luchar a los campos de batalla. Mientras algunos fueron voluntarios, otros fueron enganchados a cambio de una prima, y hubo quienes fueron reclutados mediante levas forzosas a las que recurrió el Estado para incrementar las dotaciones de las unidades existentes o crear nuevos cuerpos. Entonces se comprende porqué muchos de estos civiles movilizados esperaron algo de su país cuando terminaron esos conflictos. Sin embargo, la realidad que enfrentaron fue muy diversa.

Reconocimientos no faltaron. Las condecoraciones, los homenajes públicos y ciertos beneficios para desenvolverse en la sociedad fueron efectivamente entregados. Pero en cuanto a compensaciones o gratificaciones de guerra, la realidad fue mas bien triste. Si bien hubo muchos que tuvieron pensiones de guerra, estas tuvieron un monto muy precario que escasamente permitía a estas personas y a sus familias sobrevivir con muchas dificultades. A eso se agregó, que esas pensiones fueron fijas, por lo cual, con el pasar del tiempo, esos veteranos y sus familias fueron perdiendo poder adquisitivo.

Numerosas leyes se promulgaron para recompensar a los civiles desmovilizados, siendo la primera de ellas del año 1881 y la última del año 1924. Sin embargo, se puede decir que, desde la primera de ellas, el problema social de los veteranos de guerra en Chile nunca quedó resuelto. Con el pasar del tiempo se fueron promulgando más leyes que sólo mitigaron ese problema social, pero no lo solucionaron. Solo en 1924 se promulgó la ley que



definitivamente dio dignidad al veterano de guerra, pero para entonces la mayoría de ellos ya había fallecido y solo quedaban sus descendientes. De ahí que nació la expresión irónica del “Pago de Chile”, haciendo referencia a falta de diligencia con que procedió el Estado chileno a la hora de auxiliar a sus veteranos de guerra.

Iniciativas para ayudarlos hubo muchas, provenientes de privados, del Ejército mismo y de la Iglesia Católica, lo que se tradujo en la apertura de diversas instituciones que acogieron y ayudaron a estos civiles desmovilizados, o a los integrantes de sus respectivas familias que habían quedado en el abandono. También los mismos veteranos se movilaron creando varias sociedades que les proveyeron de una serie de servicios y de beneficios, y algunas de las cuales todavía existen en la actualidad.

Algunas de estas instituciones fueron de naturaleza estatal, pues fueron creación del Estado, destacando la fundación de escuelas agrícolas, y de oficinas fiscales de reclamos y de tramitaciones, las que buscaban ofrecer ayuda y soluciones concretas a cada grupo de personas.

Un segundo grupo de instituciones fueron las creadas por los mismos veteranos en forma autónoma, siendo estas las más conocidas en la sociedad chilena. Varias tuvieron un carácter mutualista y prestaron valiosísimos servicios a la hora de ir en ayuda de los veteranos y de sus familias. Aquí destacaron, por ejemplo, el Círculo de Veteranos del 79, la Sociedad de Militares, Civiles y Veteranos del 79, la Sociedad de Veteranos del 79, el Círculo de Jefes y Oficiales del Ejército y Marina, etc.

Por último, destacaron también las entidades de beneficencia fundadas por la Iglesia Católica, ámbito en el cual trabajaron arduamente los sacerdotes y ex capellanes del Ejército y de la Armada. Aquí figuraron la Casa de Convalecientes Militares de Santiago, el Asilo de la Purísima, la Sociedad del Perpetuo Socorro y el Asilo de la Patria.



Todo esto, en un contexto de inexistencia de una política de Estado para con estas personas y sus grupos familiares. Se hizo bastante, pero pudo haberse hecho mucho más, considerando que gracias a estos excombatientes nuestro país obtuvo los ricos territorios salitreros que aportaron al país una inmensa cantidad de riqueza pública y privada; y que posteriormente harían lo mismo –y hasta la actualidad— con la minería cuprífera, que hasta el día de hoy aporta una parte substancial del Producto Interno Bruto de nuestro país.

En fin, mucho les deben Chile y los chilenos a estos veteranos de guerra del siglo XIX. Ahora sólo nos queda su recuerdo, pues el último de ellos falleció en la década de 1960 y actualmente solamente tenemos en nuestra sociedad a sus descendientes.

Pero no hay que olvidar que también hubo veteranos de guerra durante el siglo XX chileno, pues, si bien en esta centuria no hubo guerras declaradas, sí hubo movilizaciones militares masivas que tuvieron lugar en 1920 contra el Perú, en 1974 y 1975 por las tensiones habidas con ese mismo país y, finalmente, en los años de 1977 y 1978 debido a la crisis del Canal Beagle con Argentina. Sólo en esta última ocasión se movilizó la mayor cantidad de hombres de nuestra historia: más de 120.000 efectivos que se apostaron a lo largo de nuestras fronteras, desde el extremo norte y hasta el extremo austral, en medio de una vasta operación realizada con mucho sigilo de parte de las autoridades de entonces, con el fin de no alarmar a la sociedad civil. Es por ello que cuando nuevamente estos civiles retornaron a sus familias a fines de 1978 y durante 1979, se encontraron con un país más bien preocupado por las fiestas de fin de año y por las vacaciones de verano, y que ignoraba todo lo que había pasado durante esos largos meses, en los cuales el peligro de guerra había llegado a ser muy agudo.

En fin, si bien los hechos históricos son únicos e irrepetibles, el historiador puede detectar ciertas analogías que se producen cada cierto tiempo. No es que la historia se repita, pero sí vuelven a darse hechos muy parecidos, que hacen al observador recordar acontecimientos que habían pasado hacía tiempo y que vuelven a asomarse bajo nuevas formas.